



MINORÍA de MINORÍA

Patricia Wiese

Periodista

Pese a los impresionantes avances producidos en el disfrute de los derechos y libertades, todos sabemos que lo avanzado es insuficiente y que sigue habiendo grupos de personas que, por una u otra razón, son especialmente vulnerables, que hasta ahora carecen de los más elementales derechos y libertades. Patricia Wiese denuncia con la indignación que corresponde lo que sigue pasando, ya en pleno siglo XXI, en términos de violaciones de derechos humanos con uno de esos sectores: los y las travestis.

En una de las escenas más perturbadoras del cine se ve a Roman Polanski, vestido de mujer, saltando al vacío desde la ventana de un deprimente departamento parisino, luego de haber asumido la identidad y destino de la anterior inquilina que se suicida de la misma manera.

Transformarse hasta llegar a las últimas consecuencias. El travestismo asociado a la locura y a la muerte.

¿Una ficción?

Se trata de una película, pero no está muy lejos de la realidad. En algún momento de sus vidas, muchos travestis han sentido el irrefrenable impulso de tirarse desde un quinto piso, abrumadas por la carga de saber que se les considera desviados, raros, anormales, repulsivos, fenómenos y *aliens*: imitaciones de mujeres mal hechas.

Jana Villayán era Alejandro hasta que decidió asumir su nueva identidad femenina, sin cambiar de sexo. Actualmente es una profesional con maestría en la universidad Cayetano Heredia, un hecho excepcional dentro del incipiente movimiento travesti, del cual es dirigente y teórica. “Cuando hablo de identidad no estoy diciendo que yo quiero ser una mujer. Hay una realidad biológica evidente que yo puedo de alguna manera transformar, pero que jamás será el modelo exacto de femineidad. Yo vivo y siento en femineo pero no quiero arrastrar la carga ideológica y cultural que tiene el término mujer. No me gusta ser mujer ni hombre. Somos personas travesti con una forma única, diversa, de vivir la sexualidad”.

Jana sostiene que los contextos de vulnerabilidad, la privación de sus derechos elementales, la imposibilidad de ejercer una ciudadanía plena, son diferentes de los del resto de la población gay. Por eso se consideran minoría



de minoría. Recién en el año 2000 deciden organizarse: fundan la asociación Ángel Azul.

Estamos ante una realidad muy compleja y difícil de entender. Se trata de una ambigüedad que perturba, una transgresión física y estética insostenible. Se sabe que el sistema es implacable con quienes no adscriben la norma heterosexual. Los límites permitidos llegan solo hasta el binomio homosexual-lesbiana, no más. El que cruza esa frontera debe atenerse a las consecuencias.

Ray

“Desde niño me sentía diferente. En mi casa pensaban que era chivo. La crisis vino cuando mi opción travesti se hizo evidente. Hasta entonces la única preocupación de mi familia era que los vecinos no se dieran cuenta... Al poco tiempo de ingresar a la universidad San Martín para estudiar Derecho, me contactaron y acepté salir en un reportaje televisivo. Di mi testimonio y mi familia me vio. Fue un escándalo, mi mamá lloraba. A raíz de eso mi padre decide dejar de pagar mis estudios y les da todo el apoyo económico a mis otros hermanos, relegándome. Ahora que lo pienso, si todo ese chongo no hubiera pasado, igual habría sido terrible. ¿Te imaginas a un abogado travesti? Como tenía que trabajar me fui a una peluquería donde me aceptaron... Pasé de todo, incluso me prostituí... Ahora soy una promotora. Mi trabajo consiste en difundir el uso del condón entre la población travesti de alto riesgo... ¿Con qué convivo? Con la agresión verbal, los insultos que son constantes. Las risas, las murmuraciones. Por eso es que muchas compañeras tienen temor de salir solas a la calle. No lo hacen; salen de dos o tres... Subo al micro y las personas no quieren sentarse a mi costado porque creen que tengo alguna enfermedad. A pesar de que el sitio está libre, no lo hacen”.

Paola

“Cuando quiero tomar un taxi lo paro, se estaciona y me acerco. El taxista me ve, acelera y se va... Para conseguir trabajo me presenté a una fábrica pero, como se notaba mi opción, me dijeron no... Como es bien sabido, nuestro refugio laboral es la peluquería o la prostitución. No hay muchas más opciones.

¿En los estudios? Igual, para estudiar fue el mismo problema. Yo quería aprender computación y me matriculé en una academia. El primer día de clases me pusieron a un lado. Jalaron mi silla y la computadora la colocaron en el rincón para que, según el profesor, no moleste al resto. Al día siguiente ya no regresé”.

Al rincón quita calzón

Esta manifestación de la diversidad sexual es demasiado transgresora. Por eso es que en el rechazo y en el castigo se unen incluso los que tienen posiciones ideológicas irreconciliables. Las feroces palizas las propinan las fuerzas del orden (policía y serenazgo) y las del desorden (pandillas y grupos terroristas).

El escarmiento es de diferente calibre y llega hasta el asesinato. Es así que aparecen en escena los crímenes de odio, derivados de la homofobia y de la transfobia, que es un poco más agresiva y no perdona.

En el departamento de San Martín, cada cierto tiempo, aparecen volantes senderistas amenazando a la población trans y homosexual. Los califican de “lacra social y desviados”. En su modelo de nueva sociedad tampoco son bienvenidos.

Es sabido que en el país, cada semana, una persona gay o trans es asesinada por el delito de tener una opción sexual diferente. Una vez al año, se realiza una marcha en memoria de las víctimas. En la última, se rindió homenaje a las quinientas personas asesinadas por Sendero Luminoso y el MRTA durante la guerra interna.

Mariela

“Para mí, lo más duro fue cuando mi familia se enteró. Fue cuando salí del colegio. Antes era un chico muy tímido; me aislaba y trataba de pasar desapercibido... ¿Mi familia? Mayormente las madres lo asimilan más rápido. En cambio, los padres y hermanos no aceptan al maricón. Mi papá se enteró y me quería llevar al sicólogo. Me llevó al Noguchi, el hospital para enfermedades mentales. Después de eso me escapé de la casa... Es difícil, te cierran todas las puertas: la familia, el entorno social, el afecto. Se te priva de afecto y eso tiene un efecto terrible en lo personal. Vas interiorizando el rechazo y por eso buscas afecto a como dé lugar... ¿Que cómo se da el cambio físico? Poco a poco, creo. Vas dejándote crecer el cabello, las uñas, comienzas a usar maquillaje, ropa. A los diecisiete años solo me vestía de mujer cuando iba a la discoteca, nunca en mi casa. Ahora no tengo problema de salir vestida de mujer a cualquier hora”.

A cielo abierto

Esa transformación física puede ser coyuntural o definitiva. En el primer caso, rellenos y maquillaje crean la ilusión; en el segundo, una buena dosis de hormonas, la depilación del vello corporal y los implantes confunden hasta al más experimentado; aunque los carros que sobrepasan en el parque ubicado a una cuadra del boulevard El Retablo, en Comas, saben perfectamente qué tipo de experiencia sexual están buscando.

En ese “point”, bajo una garúa intermitente e insopportable, dando saltos para no congelarse, tan ligeras de ropa

como su organismo y el clima se los permite, esperan cinco prostitutas travestis. Mientras Ray les reparte condones, recordamos que estamos ante el sector más vulnerable de la comunidad gay. El 40% de los nuevos casos de VIH salen de acá. Casi todas han sido expulsadas de sus casas y sobreviven gracias al trabajo sexual y a otras artes no muy santas, como el robo de los celulares a los clientes. “¿Si consumen alcohol y drogas? Claro, acompañan el trabajo. Hacen olvidar la violencia cotidiana y la que vivieron desde que niños cuando fueron reprimidos por sus padres por jugar con muñecas”, comenta Ray.

En esas esquinas, el enemigo brutal es el sereno. “Nos golpean bastante, nos quitan nuestra plata. Nos agraden más a nosotras porque piensan que somos las que mayormente tenemos SIDA. Yo he sido agredida muchas veces, en el Centro y aquí. Cuando trabajaba en Quilca, me han llevado en su carro. Varias veces, como hacía bulla, me tiraron palos. Me dejaron sin zapatos, sin plata, me rompieron el calzón y me tiraron lejísimos, por Ancón. Para regresar desde ahí los taxistas no te quieren llevar, o te piden sexo por jalarte”, manifiesta la más curvilínea.

Pero el peligro no solo acecha a cielo abierto. Otra del grupo nos habla mientras hace equilibrio sobre sus zapatos taco aguja: “He tenido bastantes agresiones cuando he trabajado en los hostales. Hay hombres que me han amenazado varias veces. Me han agarrado a la fuerza, han abusado de mí sin mi consentimiento”.

¿Quién soy?

En estos momentos una de las batallas del movimiento travesti es el de su identidad. Ellas quieren que su nuevo rostro y su nuevo nombre sean legalmente reconocidos. Según Jana Villayzán, hay jurisprudencia al respecto. En España y más cerca, en Colombia, hay leyes que reconocen que la identidad subjetiva predomina sobre la biológica.

En el Perú, existe una resolución del Tribunal Constitucional en el caso de Karen Machuca. Ella es una travesti que se inscribió como mujer en el Reniec. Al descubrirlo, ese organismo le anuló la inscripción. Entonces Karen sentó la denuncia ante el Tribunal Constitucional que hizo valer el DNI con su nombre femenino.

Indudablemente, este sigue siendo un fallo excepcional y de avanzada ya que, para ellas, la tolerancia no se ha extendido ni se ha ampliado. Siguen siendo castigadas por cuestionar la sexualidad establecida. Condenadas por ser diferentes.